Elbio Pérez Tellechea

mundo aparte

CUENTOS

200

Elbio Pérez Tellechea

Mundo aparte

(CUENTOS)

1965

Al periodista ANDRES DE ARMAS quien hace cinco años, cuando vió por casualidad mi primer cuento, me alentó a seguir y me dió cuatro o cinco consejos inapreciables.

HOMBRES inclinados sobre el arado, desde antes de aclarar hasta después de anochecer. Siempre trabajando, y siempre pobres.

Viven y mueren solos, en este país chiquito.

A veces reciben visitas: cada cuatro años los políticos llegan en autos con banderas rojas y celestes a pedirles el voto "para salvar al país"... Prometiendo jubilaciones y pensiones a los viejos; y puestos de "milico" a los jóvenes.

Después, cuatro años más de soledad y abandono.

Nacen, viven y mueren solos.

Donde antes hubo gente y esperanzas solo van quedando los viejos y los niños. Hay más taperas y ranchos vacíos que personas...

Pueblos chicos que se van muriendo despacio, absorbidos por la ciudad y copados por las estancias.

Un "MUNDO APARTE" sin horizonte ni esperanza, cada vez más desolado.

E. P. T.

AQUELLOS TIEMPOS

Coronando la loma se volvió. Los otros se habían distanciado algo. Allí nomás, en el bajo, estaba el monte. Podía salvarse.

Picó espuelas. El caballo salió disparado, cuesta abajo.

Llegaba a los primeros espinillos cuando de adentro del monte le salió al cruce un contrario. Lo conoció por la banderola, en la punta de la lanza.

—Maldición! —masculló.

Había perdido su tacuara, en el entrevero previo.

Cuando el otro se perfiló para cargarlo, a los gritos, sacudiendo la lanza, notó que estaba muy borracho.

—Si m'errara el bote!

Extendió el cuerpo sobre la tabla del pescuezo del animal, achicando el bulto.

Sacó el cuchillo con la izquierda y a la pasada se lo hizo correr de abajo a arriba. La sangre del otro le bañó el rostro.

Fué un instante, pero ya los demás le pisaban los garrones.

El caballo, boleado, se le escapó de entre las piernas. Cayó parado, cuchillo en mano, pronto a la defensa.

Un lazo silbó y le quemó el pecho. Cuando fué a moverse otro lazo lo inmovilizó.

Los que perseguían hicieron caracolear los caballos a su alrededor, dejando tensas las sogas.



No conoce a quienes lo rodean, ni a los hijos. Pero sucesos lejanos desfilan con rapidez y claridad por su memoria. Están ahí, como si los volviera a vivir.

Igual que cuando el caballo se le voleó en el paso y estaba ahogándose. Una extraña serenidad le invadía, mientras entraba en una oscuridad como de pozo. Los hechos salientes de su vida pasaban rápidos, nítidos y cercanos..



Se cuentan hazañas increíbles de este hombre, en las guerras. Y también alguna hombrada en la paz. Pero él nunca habla de estas cosas:

—Cayesé! Peliábamos de brutos, nomás, entre orientales!

A los hijos les enseñó poco:

—El vecino hay que respetarlo y ladrón es l'último que puede ser un hombre....



Está atado a un molle viejo, de espaldas al arroyo. Se agita, haciéndose un arco, tratando de desprenderse. Solo consigue que las llagas le sangren más. Rostros apenas dibujados por el fogón, se abren en carcajada:

—Lo vas a degoyar colgao de las pata...?

—Nó! Paradito, nomá!

El pardo lo miró socarrón; pasó el dedo por el filo del facón y se fué acercando, despacio. Cuando levantaba el arma Soca le lanzó un escupitajo:

—Degüeyen, maulas! Van a matar un blanco!

El otro se retiró unos metros, sin dejar de mirarlo:

—Retobao, el mocito....

Empezó a rodearlo, hasta ponerse detrás. Le metió

los dedos en la nariz. La barbilla se levantó, dejando al descubierto el cuello amplio.

El cerró los ojos; pero el asesino le pasó el cuchillo por el lado del lomo:

—Hay que afilarlo má... —dijo.

Siguió pasando el cuchillo por una piedra lisa, lentamente, sin dejar de mirarlo. Se reincorporó y empezó a acercarse, otra vez.

—Suelten, gayinas! Maten peliando!

Trataba de desprenderse; fulguraban sus ojos en la semi oscuridad.

Las carcajadas volvieron a resonar en el monte.

El hombre le puso el cuchillo a la altura de los ojos. La hoja brillaba, espejeante. El trató de salivarlo otra vez. Echaba espumarajos por la boca; las fosas nasales palpitaban como agallas.

El otro volvió a retroceder, sonriente. Siguió con el juego de afilar el cuchillo, mirándolo fijo siempre, sonriendo burlón.



Su padre había sido un hombre de capital. El recuerda bien los muros de la vieja estancia.

Perdió todo. En la guerra, peleando. En la paz, llevando la gente a votar, que era otra forma de guerra.

Juntaba a todos los compañeros y marchaban. Los contrarios del mismo pago se agrupaban a su vez.

El grupo que llegaba primero a los pasos los copaba. Había que echar pie a tierra.

Casi siempre volvían con varios muertos sobre los caballos, sin haber podido llegar a las mesas.



En Cerros Blancos lo presentaron al General:

—Soca. De los Soca de Valle Edén...

—Todos guapos... —dijo solamente el caudillo.



Su compadre Llanes le hizo una vez una gauchada muy grande. ¡Pobre compadre!

Llegó de madrugada, uniformado, y le golpeó la ventana:

—Compadre! Hay regolución! Vienen a prenderlo. ¡Juya!

Se vistió rápido. Descolgó la tacuara. Ya montado, se despidió de Llanes:

—Hermano! No sé como agradecerle...

—La guerra es la guerra, y la amistá la amistá... Pero si yegamo a toparnos, compadre, tenga pacencia...



Volvió a forcejear. Volvieron a sangrar las heridas. Resonaron otra vez las carcajadas.

El del cuchillo se abrió del grupo y nuevamente comenzó a aproximarse. Lo miraba fijamente, con odio, el mismo odio que sentía él en toda la sangre, como nunca lo había sentido antes. No tenía miedo; solo furia, deseos de morir matando.

—Degüeyen, maulas, que van a carniar un blanco!

Cuando el otro estaba muy cerca, una voz, a su espalda, resonó cortante:

—Ajá! Tienen atado un rebelde...

La luna, remontando los árboles, recortaba la figura erguida del jinete. Detrás había más hombres.

El pardo quedó tenso, el cuchillo detenido a la altura de la garganta del prisionero.

—Mató varios de los nuestros, mi teniente, en el bajo....

—Peliando?

El otro asintió, bajando la cabeza.

—Y vos lo vas a matar?

—Sí, mi teniente —dijo, envalentonado otra vez—. Si usté me da ese gusto....

El oficial desmontó, cortó las ligaduras y entregó su cuchillo al rebelde:

—Ahí lo tenés.... ¡Matálo!

Soca se plantó, abiertas las piernas, casi agazapado, la vista recta al adversario. El cuchillo, adelantado todo lo que daba el brazo, describía círculos lentos.

El pardo quedó inmóvil, espantado. Después fué retrocediendo, hasta pisar los tizones.

—Que hacés que no lo achuriás? ¡A ver, matálo!

Se dirigió a Soca:

Elegí caballo y andáte....

Y luego al grupo:

—Y el que lo quiera seguir, que lo siga....



Sobre la mesa del comedor, están velando a Soca. Una sábana tirante, lo cubre del cuello a los pies.

En la blancura destaca el pelo renegrido.

—Gran hombre aquel teniente! —había dicho antes de morir—. Y qué tiempos!

Una sonrisa dulcifica el rostro del viejo guerrero muerto.

CACERIA DE PAVAS

Al pasar el puente colgante ya Medeiros se enfurruñó. Un puente que los muchachos de la escuela lo pasan corriendo, los turistas casi lo cruzan en cuatro pies.

Y con tal gente iba a cazar pavas de monte, en plena sierra!

El aceptó porque se lo había pedido el maestro, donde ellos paraban. Y si el maestro le decía, una comparación, que se tirara de cabeza a un pozo, Medeiros se tiraba, porque hombre de la condición de aquél no había conocido nunca ni conocería, talvez.



Turistas hay de muchas clases. Esos que hablan cantando, y a todo el mundo le llaman "maestro" y "jefe". Que creen que allí hay indios y los tigres se encuentran a cada paso.

Otros, por más que se les diga, no creen que entre esos montes esté lleno de gente. Y andan todo el día a chumbazo limpio. Que por poco no hay que andar cuerpeando las balas de rifle.

Después éstos, que uno no sabe donde encasillarlos.

—Porque de apampados lloran— dice Medeiros.

☆

Ahora van por la vía, que serpentea entre los cerros. Vigilan con atención las faldas cubiertas de vegetación.

Arriba, en las crestas, aparecen a veces los chivos, en grupos, indiferentes.

Los cuervos, muy alto, describen círculos amplios. A veces alguno pasa rasante, sin mover las alas. Los turistas los siguen por la mira de la escopeta, pero ya Medeiros les advirtió:

—No *tiren* a cuervos, porque se ferrumbra el caño...

Además iban a cazar pavas de monte, el animal más astuto y arisco de la sierra.



Medeiros tuvo una vez una escopeta —muy buena— que le compró al milico Custodio Pérez y construída por éste.

—Un chiche— le dijo Custodio, al entregársela.

La escopeta fué una cosa grande para Medeiros. La primera cosa que tenía porque sí, porque le gustaba.

—Algo muy distinto a un arado o un cojinillo, vamos a ponerle, que se tienen porque se necesitan...

Hasta que tuvo la mala idea de construir él mismo los cartuchos, aquella vez que lo invadieron las cotorras. Pólvora negra brasilera y trozos de alambre.

Talvez se pasó en la pólvora o se le tapó el caño o vaya a saber.

Apretó el gatillo y se le acabó el mundo. Un hijo lo encontró al rato, dando vueltas como loco alrededor de un eucalipto.

De entonces acá Medeiros no quiso saber nada más de escopetas.



Ahora había que atravesar una alcantarilla del ferrocarril, no más larga de cuatro metros.

No había Cristo que consiguiera que los turistas la pasaran. Como esas mulas que se empacan.

Medeiros trató de armarse de paciencia. Por el maestro, claro:

—Traten de no mirar p'abajo, así no se almarean...

Y murmuraba entre dientes:

—Qué gente pa' una regolución...!



Los muchachos empezaron a caminar pesadamente. Transpiraban. Medeiros y el maestro se detenían a esperarlos. Y eso que ya se les había dicho:

—A la sierra hay que ir livianito...

Pero no atienden razones: gorro de lana, chaqueta de cuero, botas hasta la rodilla. Mochila, cantimplora. Un cinto con balas hasta para regalar.

—Como si jueran a una guerra!



Medeiros les ponderó las escopetas. Una cosa que él, realmente, nunca había visto. Dos gatillos, flamantes, se les daba un golpecito y quedaban dobladas por la mitad. Los caños, un espejo.

—Y cuestan...?

—Dos mil pesos, hace un año. Ahora vaya a saber...!

¡Dos mil pesos! Con eso Medeiros se compraba la chacra del viejo Suárez, que por ese precio estaba regalada... Y esta gente gastaba semejante plata en escopetas, para tirar tiros una vez al año, a lo loco...!



Se oyó como una carcajada fantasmal. Luego gritos aislados. Las pavas los habían visto.

—Allá... en los quebrachos— dijo Medeiros al maestro.

Porque el quebracho tiene en ese tiempo una fruta roja y grande, que gusta mucho a las pavas.

Bajaron el terraplén. Los turistas se atracaron al pasar el alambre, tirante.

Barrancas. Bajar, bajaban; pero subir...

Otro alambrado. Medeiros y el maestro achataban un alambre y levantaban otro, haciendo espacio a los fo-

rasteros. Pero se atracaban igual.

—Hagasé chiquito, hombre!

La cabeza la pasaban bien, pero...

—Yo lo que le digo que tiene que pasar primero es el culo, mi amigo!

Dijo eso y se arrepintió. Por el maestro, y porque bien mirado, en Montevideo no había ni barrancas ni alambrados.



Ahora había que hacer las cosas bien, porque si las pavas vuelan de un cerro a otro, ¡le aviso!

—Usté sube hasta la cueva 'e los chivos —dice Medeiros—. Siempre rodiando.

El iría haciendo un semicírculo hasta el viraró grande, y allí se encontrarían.

Se dividieron en dos grupos y cruzaron el arroyo por partes diferentes. El compañero de Medeiros cayó de espaldas y mojó todo, menos la escopeta, que mantuvo en alto.

Y eso que él lo instruyó:

—Da un paso así... ¿vió? Ricién dispué da el otro...

Porque esos arroyos de sierra son muy traicioneros. La corriente rápida; y las lajas del piso, verdes de lama, son un jabón.



Lo peor de los turistas es que parecen elefantes cuando caminan en el monte. Y allí hay que andar como un indio. Si no, las pavas se le vuelan de encima de la cabeza.

Y después el peligro. Se les escapa un tiro y capaz que lo dejan seco a uno, allí nomás...

Medeiros tenía que ir adelante, obligado. En cualquier recodo podían estar las pavas, y esta gente, en el monte, no ve ni un caballo.



De pronto se tiró al suelo. Hizo señas al compañero, para que se acercara, arrastrándose.

La pava estaba allí, a veinte metros, en una rama baja, el amplio pecho hacia ellos. Un tiro seguro.

El turista resoplaba, impaciente.

—Allí —señalaba Medeiros—. ¡Allí!

El otro no veía nada. Medeiros, impaciente, le pidió la escopeta. Un arma con la que no se necesitaba ni apuntar. El animal cayó, aleteó un instante y quedó inmóvil.

El turista quiso salir corriendo. Lo paró:

—Ta loco! —dijo—. ¡Va espantar las otras!

Sonó un tiro seco. El rifle del maestro. Ya tenían dos, porque el maestro no es hombre de los que erran tiros.



El maestro —ahí tiene usted— es un hombre con quien le gusta salir a Medeiros. Se hizo al monte enseguida. Y es un compañero que ni mandado hacer.

Después tiene una gran cosa. Trata igual a un negro o un blanco, a un rico o a un pobre.

Y eso que es un hombre inteligente. ¡Pero inteligente!



Medeiros y el turista hablaban ahora, en voz baja. Las pavas alborotaban allá, donde andaba el maestro.

Medeiros ponderó el cuchillo —de esos tipo Tarzán —que el muchacho llevaba en la cintura.

Lo examinó bien:

—Pero tiene una hoja especial! Parece hecho con elástico 'e carro!

El muchacho se lo extendió:

—Tome, como recuerdo...

—Pero 'ta loco!

—Tome, se lo dejo... ¿Para que lo quiero allá?



Otro tiro de rifle.

—Tres— pensó.

Una pava, huyendo, se posó en la copa del árbol bajo el que se encontraban. El sabía exactamente en la punta de qué rama estaba. Y ni así podía verla. Porque no hay cosa más difícil de ver que una pava de monte cuando se esconde en la copa de un árbol.

Con la palma de la mano hizo señas al compañero para que no se moviera.

Armó un cigarro. Espere y espere. Otro cigarro. La vista fija siempre en un punto, allá arriba.

El compañero se portaba bien. Quieto; le resbalaban las gotas de sudor pero no se movía.

—Esté tranquilo socio —susurró Medeiros, como si le hablara a una criatura—. ¡Que lo qu'es ésta, no se nos escapa!



La pava de monte se extiende sobre las hojas de la copa, y aunque renegrida, es casi imposible distinguirla de abajo.

Vino una racha de viento y la vió, al fin. La cola, le vió.

El animal tenía la atención fija en los otros cazadores. No se movería de allí.

—Socio —llamó suave—. Aquí, en esta rama, señaló—.

Con la mano extendida le fué mostrando el lugar. El compañero demoró en ver. De pronto levantó la escopeta y ya iba a tirar. Medeiros lo paró:

—Apunte tranquilo, compañero. ¿sabe? Al medio 'el bulto...

La pava cayó casi a los pies de ellos, con un ruido pesado. Brillaban las plumas renegridas, las enormes alas extendidas, en la semi oscuridad que había ganado ya el monte en el atardecer.



Se reunieron en la cumbre. Cuatro hermosos ejemplares. Una carne como no hay otra: azul, firme pero tierna. Y usted abre una pava y salta el perfume a la fruta.



El sol sombreaba la mitad del valle. Las faldas de enfrente recibían toda la luz, una luz que plateaba los troncos de los árboles.

A los pies de ellos, cien metros abajo, el arroyo.

La vía parecía una gran culebra al fondo.

A lo lejos, los enormes cerros dormidos, parecían gigantescos lagartos verdes tirados al sol...

EL JEFE NUEVO

Cuando hay un cambio de jefe de estación son muchas las cosas que pueden cambiar.

Porque todos los hombres son distintos. Y unos vienen con un "reglamento" y otros con otro.

Además, la mujer del jefe, tan importante como el propio hombre de la gorra, por la forma como puede influir en él.

Están esas hoscas, que no se dan con nadie, que lo único que hacen es mirar el tren por detrás de los visillos. Y que van languideciendo como esas plantas que no toman aire ni sol.

Hay otras que no paran nunca, como si odiaran el lugar y el trabajo del marido. Para la ciudad, que la madre o la hermana, o suponga usted cualquier cosa. Y el jefe, solo, se vuelve un bicho...

Y otras tienen más humos que una presidenta, se meten en todo; y hacen pelear al jefe con el peón, con el telegrafista, y después —seguro— con los vecinos.

Por eso un cambio de jefe de estación es una cosa seria en campaña...

☆

Esto es, precisamente, lo que están comentando el Vasco y Remigio, en el boliche. Porque hay un jefe nuevo.

Claro, éste corre con una ventaja grandísima, por-

que el que había era uno de esos hombres que no había por donde agarrarlo, pura espina.

Que al final la gente prefería pagar doble arriba del tren, y no sacar boleto, por no verle la cara.

—Me gusta el talante d'este —dice Remigio—. A mí, nomás, me relajó d'entrada: "Yo sé que sos muy mentao" —se me acomodó— y pa pior blanco"...

Y agregaba:

—Y a Juancito Fierro, que fué a preguntar por una incomienda, se le acampó: "Pero usté, amigo, es Fierro de apellido y feazo de facha"!

—Vos sabés lo qu'es salirle así, de golpe, con eso a Juan?

—¡M'imagino!

—Que Juancito lo levantó en la tacuara: "Usté lo que debe de ser es un gran atrevido, lo que debe ser"...

—Y se puso com'un bicho...

—Pero quedrás crer que el jefecito lo amansó enseguida: "Mirá Juancito —le dijo— que yo vengo de un lugar ande los cristianos, a más de fierazos, son unos liones de malos"...

—Que con eso quedaron como chanchos con Juan.

—Y al viejo Cruz? Le dijo en cuanto lo vió: "¿Qué tal, mi suegro?"

Que a don Cruz, mentarle las hijas es como insultarlo. Y no pasó nada, al contrario. El viejo ya de lejos lo venía saludando:

—¿Que tal, mi yerno?

Así aunque estuviera la hija de Cruz, o la mujer del jefe, o un mundo de gente.

—Un hombre que cayó parado, mismo. Porque amansar de esa manera a Juancito y al viejo Cruz...



Remigio y el Vasco han conocido —pero lo que se dice conocer— a todos los jefes de treinta años a esta parte.

El Vasco tiene una forchela y va a todos los trenes. Reparte cartas, encomiendas, lleva y trae pasajeros.

Remigio tiene la Telefónica, allí, al lado de la Estación. ¡Si habrá visto cosas!

☆

—Si yo te digo, Remigio, que m'he yevao bien y pico con todos los jefes...

—¡Pero hermano! Yo he dentrao y salido en esa Estación por el lado que he querido... !

Lo que pasa es que hay que tener cancha; y saber buscarles las vueltas a los hombres...



Kinley, el bolichero, escucha atento. El es nuevo y no conoce nada. Llena las copas en silencio.

—¿Pero querés hombre más bruto y bravo de tratar que Paco?

—Ahí tenés: yo lo yevaba como de la trompa pa' cualquier lao...

—Y si te digo que conmigo fué un amigo flor. ¡Un amigazo!

El hombre lo único que tenía es que era un gran alunado. De mañana y después de la siesta, era matemático. Había que correrlo para el lado que disparase; que si nó, era como pechar un tren...

Con el Vasco nunca tuvo problemas. Iba siempre media hora antes de la llegada de los trenes. Y los trenes —infalible— media hora atrasados.

El Vasco saludaba:

—Buenos días mi jefe! ¿Como amaneció?

Paco contestaba con un gruñido, inclinado sobre los papeles.

Entonces, el Vasco siempre hacía lo mismo. En cuanto llegaba otro, comentaba fuerte:

—Hoy ando con una luna de la gran siete. ¡Si encontrara otro alunao como yo, me gustaría pa' sacudirme a trompadas...!

Santo remedio. Al momento el jefe se levantaba, con su gran corpachón, e iba donde estaba el Vasco:

—Que hacés, Vasco degenerado?

Y después andaba locuaz y haciendo chistes todo el día.

☆

—Pero bagual, bagual, aquél —te tenés que acordar!— con nombre de cura-bichera...

—Ah!, un tal Sarnalán, o algo así... ¡La fresca!

—Si te digo que yo, que nunca me caliento, a ese —si no me agarran— lo saco ensartao en el lengua 'e víbora...

El horario había que cumplirlo a cara de perro. Fuera de hora, ni remedios, entregaba.

—Venite vos de dos o tres leguas por un remedio... ¡Capaz que lo degoyás!

Gente que salía de la Colonia, con la carreta hasta los topes —porque esta ha sido estación de meter trigo y lana y cargar ganado que es una cosa nunca vista— pensando llegar con tiempo de sobra, y pasarle cualquier percance y aparecer diez minutos atrasado...

—Y el jefe con toda la Estación trancada! Que ni desuñir dejaba en aquellos brutos terrenos de la Estación, a esperar el horario del otro día...

Que cuando Remigio casi lo mata, le sobraba la razón.

Le había dado un ataque de locura al finado José Rodríguez. Creía que todos estaban contra él y no dejaba acercar a nadie. Como último recurso fué el Vasco, gran amigo de don José. Y éste le dijo:

—Parece mentira, Vasco, un hombre de su respeto, venir a joder a este pobre viejo. ¡Usté tamién!

Fué cuando el Vasco vió que estaba loco mismo.

El que arregló todo fué Remigio, que para tratar enfermos es especial. Porque al enfermo —y menos loco— no hay que andarle con delicadezas:

—Respete qu'está hablando con un hombre! ¿O está como gurí mal criao...?

Al fin pudieron dominarlo y meterlo en la cachila del Vasco.

—Un trabajo, hermano, que no quisiera volver a agarrar nunca!

Y cuando llegan a la Estación, el tal Sarnalán ese, les sale que en calzoncillos —aunque fueran largos— no se podía viajar, y que si no le ponían pantalones a don José, no lo dejaba subir al tren.

Y no había Cristo que le hiciera poner los pantalo-

nes a don José. Si para sacarlo del rancho hubo que pelear como con un regimiento!

Por eso, a Remigio se le corrió la cincha ese día. Y si no lo sujetan, lo levanta en el cuchillo...



—Ahora, te digo una cosa: hemos tenido también unos señores jefes...

Hombres dispuestos, prontos siempre a dar una mano. Gente de esa que lo único que quiere es ser útil a los vecinos.

—Don Bruno, ¿te acordás? ¡Que hombre!

—Qué será de la vida d'el? Vivirá todavía?

Eran él y la mujer, solos. Ya viejos, los dos.

—Y parecían unos novios!

El jefe cerraba la Estación, de tardecita; se vestía como para salir y la mujer igual. ¡Y se iban a caminar por la vía, abrazados!

—Es que hay personas que s'encuentran...

—Pero yo no he visto ni veré otro caso d'esos...



Ha llegado Nito, hacendado muy vinculado a la Estación, porque embarca ganado seguido. Enseguida entra en la conversación:

—Nó! Pero yo como aquél desmadrao, ¿cómo era? Que hacía un pamento bárbaro por todo...

El Vasco no se acuerda. Remigio tampoco.

—Lo tengo en la punta 'e la lengua!

—Vos pedías un vagón y él te decía enseguida: "Mire, va a resultar imposible. Pero me voy a tirar de palo a palo por usté..."

Y así con todo. Puros inconvenientes. Hacía como que hablaba con los jefes de Central, por el telégrafo y al final arreglaba todo:

—Lo que no arregla Gutiérrez no arregla nadie...

Hasta que se topó con don Isabelino Menéndez, que embarcaba trenes enteros día por medio.

—Mire, viá hacer lo imposible...

Pero resultaba que a don Isabelino los vagones ya se los reservaban en Central.

—Y vos te acordás la banca que tenía don Isabelino con los ingleses!

Eso y sacarlo como cotorra de la cola, fué todo uno...



—Pero mirá Vasco que si vos y yo, nos diera por escribir un libro con los jefes que han desfilao por acá, eh?



Y aquél tal Rodríguez, tranquilo, siempre sonriente. Pero engañoso.

—Le tocaban las cosquillas y d'iba p'adelante que daba miedo...

—Que vino Rumaldo, que se creía que porque tenía plata podía yevar a todo el mundo por delante. Le trajo la carga a Rodríguez...

Quería retirar una carga fuera de hora. Y a buenas, con Rodríguez cualquier cosa, pero a malas...

Dijo que no le entregaba nada. Y Romualdo, que ya había atracado la zorra al vagón, que él iba y retiraba lo que quería...

—Vaya y saque, como nó —dijo Rodríguez—. Y después busque uno pa que le cosa las tripas...

Y sacó la daga. Romualdo todavía debe andar disparando.

Y aquel peón Fagúndez, acostumbrado a mandar más él que el jefe.

Decía que "adentro" —en la oficina— mandaba el jefe; y "afuera" —en la playa— mandaba él...

Y le dijo Rodríguez:

—Usté manda afuera, como nó...

Y le señaló del alambrado de la Estación para afuera...



—Hemos tenido jefes de toda clase, sí señor —dice Remigio—. Buenos, buenazos, regulares y de los otros...

—Y ahora, pa' completar, nos mandan un jefe escritor!— remata el Vasco. ¡No te extrañe que cualquier día nos disfrace en un libro!

LA MOROCHA

La morocha viene a fin de año a ver a los familiares. Lo mismo en Carnaval y Turismo.

No es ella sola, claro. Por esas fechas vienen todos los que se han ido, disparando de aquel pozo donde lo único que uno puede hacer, es irse muriendo despacio.

Faltan un tiempo y parece mentira cómo cambian.

Ellas, bien vestidas, rosadas, entraditas en carnes. Porque uno no sabe por qué, las mujeres que van a Montevideo echan cuerpo enseguida.

—Será el comer todos los días....

—¿Qué clase de comida....?

Y sobre todo, aprenden a caminar. Ya no andan como pisando cruceras.

Lo peor son los varones. Esas ropas puro colorinche, pantalones bombilla, sandalias de enganchar un solo dedo. Cosas que parece que no pudieran existir para hombres.

Y encima el tonito de voz, ese hablar cantando es algo que choca mismo.

El rubio Santos, que trabajó años allá, hasta que se jubiló y vino a vivir aquí, como desesperado en busca de árboles y silencio, explica que ese tonito de voz lo usa solo la gentuza.

—Porque la gente gente habla así como usté y como yo....



¡Que mujer, la morocha! Mirada por el lado que se mire.

Pareja de arriba a abajo. Simpática. Y una manera de moverse, más bien suave....

—Pero usté ha visto —dijo García— el jueguengue que hace con los brazos?

Porque uno se fija siempre en cintura, cadera y piernas nomás.



Venía —siempre— cargada de regalos, para los hermanos, los padres y hasta para los vecinos.

—Es que trabaja muy bien —aclara García, que es amigo de la familia—. Jefa o algo así en un escritorio....



Recorría el valle a caballo todos los días. Pantalón —color carne— bien ajustado al cuerpo. Blusa livianita.

El andar del caballo hacía resaltar la cintura fina, las amplias nalgas redondas, los pechos saltando entre la camisa breve.

Una cosa para enloquecer a cualquiera....



El acto de montar y desmontar era espectáculo aparte. El pie izquierdo, alto, enganchado en el estribo; y el resto....

Nunca faltaba un comedido. Ella rechazaba:

—No estoy tan vieja....

Esta operación se repetía siempre. Primero en la Comisaría, donde el comisario le ajustaba bien la cincha —al caballo— y arreglaba los cojinillos.

Y al regreso, después de recorrer la sierra, en el almacén. Llegaba ,transpirando y cansada, se sentaba en una piedra grande y pedía un refresco, que sorbía lentamente.



Almeida, el comisario, era nuevo en el lugar.

Allí los comisarios siempre fueron viejos, panzudos, descuidados en el vestir.

Almeida, no. Joven —lo que más llamó la atención—; siempre bien afeitado, usaba tres o cuatro uniformes distintos. Se pusiera lo que se pusiera, siempre, todo le caía bien.

—Un hombre que se pone una torta 'e vaca en la cabeza, y le cai mejor que un quepi....

Y era así, nomás....



Se diferenciaba también en otra cosa rarísima. No era "chinero".

—Pero buen perro mata cualquier bicho! —le decía Silverio, el bolichero, que ya había entrado en confianza con él.

—No señor —contestaba—. Un perro mulitero no caza zorrillos ni comadrejas....

—Tiene razón, mismo!

—Y un perdiguero levanta solo perdices...

—Pero sabe que no me había fijao!



Del valle queda poco. Está el valle, seguro, rodeado de cerros, enorme. Y los arroyos, que lo cruzan cada cien metros y se juntan todos allá abajo, en el fondo, formando un río torrentoso, de monte espeso y pajonales que tapan un hombre a caballo.

Gente, es lo que no queda. Viejos y gurises, nomás.

Taperas hay muchas. Y ranchos que se van vaciando...



En otro tiempo se plantaba lino y maíz, y trigo y maní. Y hasta algodón!

Que en esa estación estaban los vagones enrabados esperando carga. Y don Martínez —el peón— cargaba bolsas de día y de noche, ayudado por la mujer y las hijas.

De eso no queda nada. El chacrero va y viene detrás de los bueyes, envejece en los surcos, y apenas vive. La

ganancia la lleva —toda— el intermediario que espera en la ciudad.

Se planta boniato, zapallo, algún maíz. Solo para el consumo...

☆

Los viejos siguen aferrados a su pedazo de tierra, que los abuelos conquistaron a punta de lanza; pero a los muchachos no hay quien los aguante allí.

De a poco se fueron marchando. Volvían y llevaban a los demás:

—Allá, escarbando tachos de basura se vive mejor que acá....

Así el valle —aquel valle— quedó en lo que ahora es.



Muchos hijos tironean a los viejos hasta que consiguen arrancarlos y llevarlos. Pero pocos aguantan allá. Casi todos regresan enseguida.

Montevideo es puro ruido nomás. Los hijos entran a la casa y salen enseguida. Vienen a comer y dormir. Y los viejos solos, encerrados.

—Y que allá nadie conoce a nadie. Usté saluda y lo miran como a un bicho....

☆

Las muchachas se casan. Entonces traen los novios a presentarlos.

—Porque el hombre de Montevideo, ve una mujer de campaña y 'ta ensartao....

—Crerán, seguro, que acá nos hacemos las del mono....

Que hasta una flaca como la Ernestina, va y a los tres meses se viene con un novio y se casa....

—Y un tipo que no era feo....

—Y creo que hasta dueño de no sé qué....



En cambio, la morocha está soltera. ¡Una mujer de esas!



Almeida empezó a perder la cabeza por la morocha. Cierto, la muchacha lo distinguía.

El comisario empezó a visitar el rancho de los padres de ella.

Ensillaba —y era un hombre que a caballo tenía mejor figura todavía que a pie— y salía para allá.

Los viejos le ordenaban que le cebara mate. Ella lo hacía con satisfacción evidente.

"Lo malo", es que siempre andaba de pantalón corto, entre casa. Y así lo atendía.

Esto terminó de enloquecer a Almeida. Aquel caminar, aquellas piernas perfectas, tostadas por la playa....

—Y arriba los modos! —le contaba a García, el escribiente.



En la casa era poco lo que podían hablar. Con los ojos —ahí sí— se decían lo que es necesario decir en tales casos.

Una vez, sí. Anochecía y él se despidió. Ella resolvió acompañarlo. Un rato, atravesando bajos, arroyos y montes, lo acompañó.

Tienen que haber pasado muchas cosas esa vez, porque Almeida andaba como loco, pero de contento, que cualquiera se daba cuenta.



La morocha se fué y Almeida no es el mismo. Cae en unos pozos de tristeza que dan miedo.

Va al monte y se pasa las horas, solo. De tardecita, los ratos se le van mirando la vía reluciente que se pierde entre los cerros.

—Este hombre agarra un día a pie pa'Montevideo... —dice García.



En la primera licencia —y a los comisarios se las dan cuando muere un obispo— Almeida rumbeó para Montevideo.

Ya contento desde que subió al tren.



Le costó dar con el lugar. Una casa larguísima, con un número en cada puerta. Cada puerta era una casa dentro de la otra casa.

Ella vivía allí con unos tíos. El, un viejo que iba al pueblo dos por tres y se agarraba unas borracheras con vino que daban lástima. No se animaba a llamar. Pero no iba a venir de tan lejos para irse como había venido.

Lo atendió el viejo, pesado de vino, en camiseta y calzoncillo. Parpadeaba, sorprendido.

—Soy Almeida, el comisario de....

Ah, sí, ahora recordaba. Lo hizo pasar. Una pieza chiquita y un calor que no cabía adentro.

El viejo aprontó el mate.

—Pué sí....

—¿Y por ayá, las cosa?

Así hasta las cinco o las seis de la tarde.

Allá lejos, aventuró Almeida:

—¿Y la Laura?

—¿Qué Laura?

—Su sobrina... la hija de don Nicomedes. Una morocha así y así....

—Ah, la Negra. Hace tiempo que se mudó y no vino más....

Pero en algún lado tenía que estar, trabajar....

El viejo lo miró fijo. Vió claro que aquel hombre era capaz de cualquier cosa si no encontraba a la muchacha.

En tal lado, a tal hora, donde van las muchachas como ella. Allí podría encontrarla.



Almeida no sabía qué pensar. Solo quería verla.

Días y días caminando por el lugar. Nada.

Vió muchas de las otras. Los hombres les hablaban dos palabras y se perdían calle abajo.



Estaba en la mitad de la cuadra, recostada a la pared.

Primero abrió los ojos muy grandes. Después quedó como paralizada.

Almeida sintió que todo aquello que le había venido creciendo, creciendo desde que la conoció, le rompía el pecho y lo desbordaba.

Con una ternura infinita, como si fuese una hermana, le rodeó los hombros y la sacó de allí, de aquel lugar.

LA LUZ ROJA

Los solemnes vecinos del Concejo Local están más serios que nunca. Es que nunca, verdaderamente, han tenido que resolver un problema tan serio.

Además, resuelvan lo que resuelvan, algo va a pasar. Porque aquel no era un pueblo para quedarse quieto.

Un pueblo que se muere inexorablemente, sí, matado por la carretera; pero que explota y se sacude por cualquier cosa, como un cuerpo agonizante.

Así ocurrió hace bien poco, cuando fué imposible hacer que el jefe de la Estación sacara una vaca que iba a parir allí nomás, en el medio del pueblo.

La gente se divide en dos grupos enseguida:

—Cuidau! Rodeaus de campo.... Nunca haberán visto parir una vaca!

Y los del otro bando:

—Arrastrando la placenta a la vista de todo el mundo....

Por la vaca —precisamente— tuvo que renunciar en pleno el Concejo anterior.



El doctor fué —claro— el primero en darse cuenta. Cayó Senén, y enseguida el Negro y atrás el Loco Sarti.

Después ya se formó desfile: Paco, el Milico Tejera, hasta un peón de "lo Abelenda".

—Ajá! ¿Andaban de machitos? ¡A pelarse!

No se desvestían. Miraban al piso, inmóviles, mudos.

—A pelarse, dije! Mucho miedo y poca vergüenza....

Después comentaba el doctor:

—Diga que es la época de la penicilina.... ¡Que si fuera en los tiempos del permanganato!

☆

Hace horas que sesiona el Consejo.

El aire de la sala puede cortarse con un cuchillo. Los puchos yacen amontonados, como víctimas de un fusilamiento en masa.

Están todos. González, comerciante fuerte. Bonilla, correísta, que recorre la campaña en una cachila. Santurio, tambero. Falcón, jubilado de la vieja Telefónica. Alberti, estanciero, dueño de medio departamento.

Solo falta Luisita, la linda secretaria. Lo que se habla no es para ser oído por una criatura como ella.



La Policlínica hierve de actividad. Los que no caben en la salita de espera forman grupos en la vereda. Esto es lo peor, porque nunca falta un chistoso:

—Loco! ¿Te picó la víbora?

Además, las vecinas comentan:

—El Cholo también... ¡Quién iba a decir!

Hasta confundieron a don Rodríguez, que vino de afuera con un tabernáculo en la nalga. Casi pelea.



El Comisario fué al rancho de las pardas Medina, metió a todas las mujeres —hasta la vieja— en el jeep, y las llevó al Hospital.



El pueblo va para atrás y para atrás. Y ya no tiene levante. Pero conoció otras épocas.

Cuando venían las carretas hasta la boca de lana y cueros, y trigo y lino...

—Qué el jefe de la estación se sacudía con las bolsas,

como un pión. Y dispués se tiraba en la porla del piso, reventao....

Ahora es bandera verde y mate amargo, nomás. Los trenes pasan de largo, y enseguida el jefe, seguido por los telegrafistas y los peones, cruzan a lo de Martínez a tomar caña....

Y los comercios, todos, acopiaban frutos del país; y tenían carros de cuatro ruedas que recorrían la campaña, llevando y trayendo.

De eso quedan los grandes galpones del ferrocarril, los enormes estantes vacíos de las casas de comercio; y los libros, altos de medio metro, donde se llevaban las cuentas.



—Señores! —dice fuerte Falcón, el presidente—. ¡Hay que tomar una resolución!

—Pero usté sabe la que se v'armar?

—Que si arme la que si arme! ¡Semos el gobierno 'el pueblo!

Alberti, el estanciero, se opone, el único. Es que él tiene aspiraciones políticas, no como los pobres ignorantes aquellos. Bien vinculado en Montevideo, amigo personal del consejero, hace reuniones donde corre whisky y se arregla el país...

—¡Me opongo, sí señor! La moral es la moral, l'único que el día que lo pierda el pueblo...

—Lo qui hay que cuidar es l'hambre del pueblo, don Alberti! —dice Bonilla, caliente.

—Calma, señores... —recomienda Falcón.

—Y a más, habíamos quedao en que éramos cinco buenos vecinos a trabajar por el bien del pueblo y nada más... —agrega Santurio.



Ha sido un pueblo sin suerte, mismo.

Políticos, ha dado de toda clase y laya. Que han subido donde nunca pensaron, que han viajado por el mundo. Y después que pasaron a ser "figuras nacionales", nunca más se les vió la cara.

Y lo peor es que la gente no escarmienta...

Que hasta Rodríguez, el sobrestante de la carretera, se dió el lujo de juntar un montón de votos.

Lengua sobada, entrador, dejó el tendal. Que don Pantaleón Suárez, caudillo de toda la vida, casi se queda sin un voto.

—Contra las familias reinantes! Abajo los apellidos! —era el programa de Rodríguez.

A don Faustino Rosa, le quería hacer vender las cuadritas que tenía:

—Esté tranquilo, viejo! A usté lo coloco de inspector de sarna, como Rodríguez que me llamo...

Diga que don Rosa —canchero— quería tener primero el nombramiento...



Por allí pasó Saravia, al frente de su ejército, erguido en su caballo blanco, el poncho liviano al viento, el sombrero requintado, con la ancha divisa.

En lo de don Suárez tomó mate sin desensillar. Es una cosa que Suárez siempre, siempre recuerda:

—Cuando el caudillo paró en mi rancho...

Atrás pasó, al otro día, el General Galarza, todo vestido de rojo, que lo venía persiguiendo.

El pueblo ha tenido vida, hombres y también historia. Se muere porque sí, porque el progreso es una aplanadora...



El Concejo sigue reunido. Nadie se levantará de allí hasta que se resuelva el asunto.

Alberti ha entrado a aflojar. Es que un político debe ser dúctil.

Y la cosa allí adentro no está para sutilezas.

Bonilla lo paró en seco otra vez, y es la segunda. Y aunque es cartero, nada más, Bonilla con razón, es un hombre temible:

—Usté a poncho no me v'a yevar, don Alberti. Y lo qu'es a plata, mucho meno...!



Visto así, a la pasada, es un lindo pueblo. Casas de

material, que han sido un lujo.

Calles anchas. Luz, farmacia, médico... Y carretera...

Tiene todo, menos sangre. Porque es un pueblo vacío. La mitad de las casas —o más— están deshabitadas.

Un pueblo al que se le va la sangre, como enfermo de leucemia.

☆

La carretera sorbió al pueblo así como una víbora exprime a un apereá. Peor todavía, porque primero le dió una inyección de vida.

¡Había que ver aquello, cuando empezó! Máquinas y máquinas, hombres, materiales.

Levantaron más de cien casillas en el potrero de la Estación.

Las grandes máquinas marchaban despacio echando la tierra para los costados. Los camiones no se daban descanso.

La gente se agolpaba, con los niños de la mano o sobre los hombros, a mirar los trabajos.

Fué la época del "eche hasta que se derrame". Los obreros, ahitos de cerveza, se tiraban el líquido unos a otros, por los torsos desnudos.

El pueblo vivió para la carretera.

Hasta que todo terminó, y las cosas volvieron a su viejo lugar, como después de una creciente.

Tuvieron otra vez su justa importancia el comisario y el juez, el médico y el jefe de la estación...

La carretera pasó y siguió, y dejó un esqueleto de pueblo.

Sin mujeres —y era famoso por sus muchachas!— que se casaron y se fueron. Y sin hombres jóvenes, que se fueron con la carretera, detrás del trabajo y nunca más volvieron.

☆

El Concejo, al fin, se ha puesto de acuerdo. Sí, se autoriza la instalación de "la casa".

—Que tenga un farol rojo al frente, eh! —recalcó Alberti.

Sí, tendría una luz roja, para que se supiera bien que aquella era una casa distinta a las demás.

Y habría revisación médica dos veces por semana.

—No sea cosa que nos avance la infesión otra vez...

Los buenos vecinos del Concejo respiran aliviados, como si acabaran de salir de un gran peligro.

Ahora están recordando épocas de juventud:

—Te acordás, Chichongo, de aquellos bailes en la Quemada?

—Que tiempos!

—Y del Paco Segovia, que al final se terminó casando con la Lola?

—Porque dicen que esas mujeres, una vez que se casan, no las hay mejores...

Todos se han ablandado, hasta Alberti. Porque no hay mejores tiempos que esos. ¡Y mire que nos ponemos viejos ligero!



Podría haber pasado cualquier cosa, pero no pasó nada. Porque ya el pueblo —aquel pobre pueblo que pudo haber sido grande y potente— estaba en las últimas.

No tuvo fuerzas ni para luchar contra aquella luz roja que le habían puesto en el corazón.

EL HOMBRE QUE SUBIO AL PALO ENJABONADO

El hombre se presentó en la Comisaría. Lo atiende el comisario.

—Usté dirá...

—Trabajo en "Los Trébole"... No me pagan el laudo...

—Pero acá es una Comisaría...

Era un moreno alto; altísimo. Una perita tipo chivo y ojos muy brillantes.

Y tenía mundo, que era todo lo que tenía, así como otros tienen todo, menos mundo.

Podían preguntar por él en cualquier lado. En Cerro Largo, con los Saravia —cualquiera de ellos— había trabajado añares. Y así en Tacuarembó, con los Ríos y...

—Sí, señor; pero acá es Comisaría...

Claro, ya se sabe que es una Comisaría. Pero él quería orientarse, ver donde podía ir:

—Porque soy negro y nalfabético, pero respeto es lo primero y único que me enseñaron.

Además, no es manco, gracias a Dios. Y cuando no trabaja, es porque no quiere...

El comisario resolvió darle una tarjeta para el jefe de la Oficina de Trabajo:

—Usté sabe ande queda? Conoce la Iglesia?

Que iba a conocer él! Pero de alguna manera daría...

Al escribir la tarjeta, el policía levantó la cabeza:

—¿Cómo me dijo qu'era su gracia?
—Nicasio Roldán...
—Roldán... Roldán...
—Por más seña: yo fí l'hombre que subí el palo enjabonao...
—Ah!, usté es l'hombre del palo enjabonao! Ahora lo tengo patente!



Carnavales hubo muchos en el pueblo.
Aquellos de antes, cuando venía la Banda de Florida y todo. Se bajaban del camión a la entrada del pueblo, formaban tipo militar y marchaban por la calle principal, tocando unas cosas preciosas.
Que el Gringo Ventura, divertido y loco como él solo, se ponía al frente y desfilaba con la banda, haciendo como que la dirigía.
La gente, agolpada en las veredas, se mataba aplaudiendo. El gringo saludaba al público sacándose la gorra y haciendo reverencias.
¡Aquellos eran carnavales!



Pero este año, el Carnaval pasará a la historia.
Sería que hacía mucho que no se festejaba, y que la gente estaba loca por "sacudirse". Sería lo que sería. Pero aquello fué Carnaval y otro poco.



Fué José el de la idea.
Un mes antes hizo circular una lista. El que quería Carnaval, que se anotara y pusiera. Sí, porque no es cuestión de "apuntame y después pago"...
Tuvo contras, es cierto. Porque José tenía almacén; y los otros comerciantes "vieron" que se iba a hacer la pelota. Pero el pueblo respondió bien de bien.
José formó una Comisión con los vecinos de más respeto. Claro, él tenía que estar en todo, porque era un hombre con una ideas bárbaras en la cabeza.
Si no hubiera sido porque tenía eso —cabeza— no

hubiera pasado de verdulero con canasto, puerta a puerta, a ser el comerciante que era.

El vino, puso boliche, y los viejos almacenes del pueblo empezaron a tambalear. Casas que habían trabajado en la época de los carros para campaña y no querían comprender que estamos en otros tiempos.

Además allí, donde se habían fundido varios, él fiaba pero sabía a quien:

—Porque lo primero que tiene que aprender a decir un bolichero, el que nace bolichero, no es "papá" ni "mamá"...

Seguro: tienen que aprender a decir "no"; que es lo principal para que un boliche camine.



El tablado quedó pronto en un momento. Sin muchas exigencias, cierto. Seis tanques; unas tablas viejas arriba; barandas con varas finas de eucalipto.

Lo mismo las luces. Unos cables alrededor y cada tantos metros una lamparilla pintada: una roja, otra verde, amarillas, azules y así.

—Porque no es cuestión de gastarse la plata en chirimbolos y pavadas —decía José, y con sobrada razón.

Lo importante era poner buenos premios a la murga, a los cantores, a los máscaros.



El palo enjabonado fué de las cosas que dió más trabajo. El juez de paz, que cuando chico había subido a más palos enjabonados que besos le dió la madre, se encargó de él.

El palo, en verdad, de enjabonado no tenía nada. Porque el juez, con gran paciencia, lo fué engrasando día a día, hasta que la madera se impregnó bien.

—Si alguno sube este palo, me hago cura.... —decía.

Trabajo regular fué pararlo, operación en la que intervino todo el pueblo. Un palo de veinte metros —un árbol entero— con una bandera en la punta.

Al fin quedó pronto. Se veía desde todos lados, aso-

mando por encima de las casas, con el trapo rojo al tope. La gente se apeñuscaba a mirarlo.

Era lindo ver aquel palo que se cimbraba arriba, al afinarse.

—Me hago cura.... —repetía el juez.



Fueron días gloriosos. Más que la gente venía con el cuento de que en ningún lado —ni en Florida— había Carnaval que se pudiera comparar con aquél.



El palo se sacudía. Racimos de muchachos se empujaban unos a otros, de abajo a arriba. Llegaban hasta cuatro o cinco metros y de allá se descolgaban, arrastrando a los de abajo.

Fué cuando apareció el moreno forastero. Llamó la atención enseguida.

—¿Diánde sacaron ese disfrazau de chivo?

La barba era una cosa rara. Negro él, y joven; pero la barba, o mejor dicho, la pera, puntiaguda y levantada hacia adelante, era blanca casi del todo.

Además el hombre, por toda indumentaria, vestía un viejo pantalón de fútbol.

Iriondo —el juez— vió enseguida que el moreno sabía lo que son palos enjabonados.

Dejaba que los muchachos, en sus contínuas subidas, fueran sacando el jabón que había en los primeros metros. Después él restregaba las manos en la arena, y empezaba a trepar.

Subía todos los días un poco. Al llegar la tardecita, cuando caía el rocío, paraba; y volvian los muchachos otra vez, arracimados.

José consultó a Iriondo, preocupado:

—Lo qu'es el barbiya ese, nos pela el premio!

Y el premio eran doscientos cincuenta pesos, en aquellos tiempos que los pesos eran pesos, y no papelitos de Carnaval.

Iriondo tranquilizó a José:

—Dejá que llegue a donde empieza la grasa. ¡Lo quiero ver al moreno!

☆

El Lagarto, de guardia en la Estación, desafía a la juventud —toda junta esperando el tren— a una carrera de resistencia alrededor de la manzana del tablado.

Está ya viejo, pesa más de cien kilos y tiene un abdomen prominente. Pero, cosa increíble tiene unos músculos de fierro.

—Lo qu'es estas mojarras, puro jopo y casín, no me olen las alpargatas....

Es famoso en toda la redondilla, por lo del perro. Vino la denuncia de "lo Abella", que un perro andaba matando ovejas.

El Lagarto no mató al perro de un tiro, ni le echó veneno. Nó. Lo sacó calzado cuesta abajo. El perro acható la cola y disparó.

Dispare y dispare; y el Lagarto siempre atrás. Salte cañadas, atraviese pajonales; repeche, baje...

Así más de cuatro horas, por entre los campos inmensos. Hasta que el perro, reventado de cansancio, se echó bajo un tala.

Cuenta que el animal lo miraba como pidiendo perdón:

—Nada! No hay perdón pa' los malvaos!

Lo ahorcó con el cinto, allí nomás. Porque a él si hay algo que le gusta, es ahorcar perros. Perros dañinos, claro....

—Porque el perro perro, eso es un asunto sagrao pa'l cristiano....

El Negro, jefe de la UTE, le acepta pero embolsado. Porque el Negro no perdió nunca una carrera de embolsados:

—Porque el asunto es asujetar la bolsa bien tirante y dar saltos cortos con los pieses bien juntos....

☆

Cosa linda, lo que se dice linda, aquel Carnaval. Corsos no había, porque José no era ningún "acorchao" para desparramar la gente.

Todo alrededor del tablado. Payadores, cantores, la murga, el palo enjabonado. Y carreras de bicicletas y a

pie, con gente de otros pueblos compitiendo con los créditos locales. Una locura.



De mañana son los preparos y los comentarios. De tarde, temprano nomás, la música llena el pueblo. Música linda, discos de esos que ahora no se oyen nunca.

Lo del parlante fue otra de las cosas serias que hizo José. Pertenece a la Sociedad Patriótica, que hace añares no se reune.

—Parlante y microfo sin uso, d'esos que ya no vienen más....

Y discos, pilas de discos, de toda clase. Polcas, rancheras, pasodobles, marchas; tangos —pero tangos!— y también clásicos. El juez, muy entendido también en música de esa, ponía a veces alguna cantora italiana o francesa o vaya a saber; y una música como de iglesia, suavecita.



Cuando el sol empieza a aflojar, comienza a llegar gente, en grupos cerrados.

Ropa de lo mejor, como de casamiento o entierro.

Los viejos, trajes oscuros "de la época que se casaron", ajustados, lustrosos.

Las muchachas vestidas de fulgurante —rojo, celeste, amarillo— hechas un repollo de la cintura para abajo.

Los novios, impecables: sacos cortones, los tres botones prendidos; camisa con un cuello, rebelde, levantado; corbata de nudo grueso, ladeada.

Esta es gente que viene de lejos, en carros; o de los pueblos vecinos, en camiones repletos.

Porque la del pueblo, esa se disfraza toda....



Esta noche la cosa va a estar muy buena.

Ha llegado el famoso payador Mendieta, que canta por radio. Trajo otros cantores más v unas mujeres, lindas pero raras, de esas que no se ven en los pueblos. Cantoras, artistas o algo así.



—Me costó un ojo de la cara —explica José— ; pero van a ver lo qu'es un payador!

Un artista responsable. Ensayó como dos horas, en una pieza del fondo, la payada de contrapunto que iba a tener esa noche.



Están corriendo ahora la carrera de bicicletas. Cinco corredores de los pueblos vecinos y el crédito local —el Sapo chico— que trabaja en el tambo de Casco.

El circuito son cuatro manzanas —con largada y llegada frente al tablado— y ya en las primeras vueltas le han sacado gran ventaja al Sapo, que hace lo imposible, ruidosamente estimulado por el público.

—La bicicleta no lo ayuda al pobre.... ¡hay que ver!

¡Que lo iba a ayudar, si se sabía que era bicicleta porque tenía dos ruedas! La facha tampoco lo ayuda, al Sapo: alpargatas, camiseta afelpada, el pantalón corto de ordeñar.

Pero que guapear, guapeó, y nadie lo va a discutir. La Comisión resuelve darle un premio, por la vergüenza deportiva demostrada.

Se lo entregaron sobre el tablado, ante el micrófono. Destacan sus condiciones y le auguran un brillante porvenir.

—Porvenir y pico —dice Cachete—. Ese gurí, si no se relaja, v'a ser mejor ordeñador qu'el vasco Choy....

El Sapo chico está agradeciendo ahora, por el micrófono.

—Toy muy agradecido, a la Comisión y al pueblo. Y ahora les viá recitar "La degollada de Achar"....

Justo cuando el mozo despechado la iba a degollar estalló un murmullo y todos dieron vuelta la cabeza. El moreno barba de chivo llegaba ya a la mitad del palo, que se cimbraba espectacularmente. José empezó a estimularlo desde el micrófono:

—Otra fuercita, señor. Doscientos cincuenta de premio.... no es changa!

Se le queda el moreno, que empieza a resbalar despacito hacia abajo.

—Lástima, señor! Pero no se entriegue.... Hay que arrancar la banderita de allá arriba....



El Medio Caballo acompaña con la guitarra a la hija, que canta bastante bien, porque tiene un oído bárbaro.

—Una gurisa que v'a cantar un kilo....

—Si no se relaja con el cambio de voz...

Un hombre de afuera le manda un billete. El Medio Caballo agradece y la niña canta a pedido, y dedicada al señor, "Que nadie sepa mi sufrir".



Grupos de mascaritos andan de arriba para abajo y se meten con todo el mundo.

Las muchachas abrazan a los hombres:

—Pero cómo te va, querido?

—Esa debe ser la Chola, por lo relajada....

Actúa ahora en el tablado —porque los números son unos tras otro— el botija de los Romero, que toca una barbaridad el acordeón.

José, que está en todas, hace las presentaciones.

—Es un gato pa'l estrumento....

—Si va a Montevideo, los amasa....

Cierto, porque aquí, ¡que va a hacer! Hace rato que sabe más que la profesora.

La gente mira más a los padres, que están en un clarón, orondos, que al pibe.



—Y Mendieta, ande anda?

El payador es el número fuerte. Por ahora anda haciendo tiempo, saludando a la gente que lo conoce enseguida por la vestimenta. Viste de gaucho, de los pies a la cabeza, como corresponde; pero como esos gauchos que no se ven en campaña.



—Pero mirá quien se vino disfrazada. ¡La vieja Julia! No se puede creer. Viene todos los días al pueblo, en

carro, vestida de hombre. Con esa misma ropa se vino, solo que con careta. Ni se mueve; solo mira fijo todo lo que pasa en el tablado.

Hay un mascarito alto que tiene intrigado a todo el mundo. Corre, se para, abre claros. Todas las noches se disfraza distinto:

—¡Pero si es el Flaco Assandri! Ahora caigo....

—Mirá quien había sido....

El Flaco se acerca y les dice bajito, que no lo vayan a descubrir.



Ahora, todo el mundo le abre paso a la murga, que viene haciendo mímica, doblando las piernas y casi tocando el suelo.

Suben entre una lluvia de aplausos.

Son todos murguistas viejos, que hacen reir solo con mirarlos. El único triste es el petiso Da Cunha, el telegrafista nuevo, que no se mueve ni se ríe nunca, pero toca muy bien el redoblante.

La murga, en verdad, nunca ha estado como éste año. Muy bien vestidos, de arriba a abajo, con unos versos que no solo abarcan toda la actividad del pueblo, sino también la política nacional.

Los llamaron de Florida y fueron un suceso. En Sarandí Grande también.

Aquí gusta mucho un verso que le hizo a la peinadora y que termina así: "Yo quiero que mi haga un nido, con la boca para atrás!".



Con tanto alboroto —este es el último día de Carnaval— nadie se acuerda del moreno que quiere subir al palo enjabonado.

Pero él está allí, ajeno a todos. Ya no viste pantalón de fútbol, sino uno largo, remangado hasta la rodilla, y camisa de tartán...



Al fin sube Mendieta, el payador. ¡No se sabe la gente que vino de afuera por conocerlo!

Hasta los mascaritos hacen silencio. El hombre saluda al respetable, hace unos chistes, y pasa —dos o tres veces— los dedos por la guitarra, enérgicamente.

Al fin empieza a cantar. Y canta bien mismo. Recuesta la cara contra el brazo de la guitarra. Tiene una voz a la vez suave y varonil, áspera o dulce, según el tenor de la canción.

Empiezan a llover los pedidos. Las "cantoras" que lo acompañan, y que están siempre entre el público, no dan abasto, yendo y viniendo.

En lo mejor, aparecen los Zubiría —porque son ellos— con el toro. Torazo mejor dicho, con unas guampas enormes, que consiguió Marculino, el carnicero.

Los caballos se arremolinan, tratando de dominar al bruto, que se empeña en atropellar al gentío.

Mendieta no disimula su disgusto. Baja la guitarra:

—Vamo esperar que se tranquilice ese toro...

Al fin los jinetes logran dominar al animal, y vuelve la tranquilidad.

Mendieta canta ahora una canción de amor, que le ha pedido una linda muchacha.

Pero anda en la mala. Tampoco puede terminar esta vez. El griterío debe producir una explosión de esas que se oyen de lejos, como cuando se hace un gol en el fútbol.

El hombre del palo enjabonado ha llegado a la punta, y trata de acomodar el cuerpo para estirar una mano y arrancar la bandera.

Al fin descuelga el trapo, saluda al gentío delirante y se deja caer con suavidad. No pisa el suelo y ya lo sacan en hombros y lo suben al tablado.



El comisario le está diciendo a Roldán:

—Usté hizo trampa al subir el palo enjabonao....

—Por....?

—Se puso papel de lija —con la lija p'afuera, bien atado en los brazos y murlos....

Y remató sonriente....

—Yo también sé lo que son palos enjabonados....

SOQUITA

El sabe bien que morirá aquí, en este pedazo de tierra arenosa que cada vez da menos maní. Como murieron todos los Soca.

Porque no es una tierra cualquiera, aunque sea pobre. Su abuelo la conquistó a lanza y chumbo.

En Montevideo mandaba Latorre y el Coronel —que era jefe político— quería todo el valle. Ofrecía dos por lo que valía diez; al que se negaba le quemaban el rancho o pasaban a todos a degüello.

Con abuelo Soca no pudo. Ni a las buenas ni a las malas. Eso es lo que tiene que cuidar Soquita.



Mi abuelo se lo pidió a mi padre y mi padre a mí, antes de morir.

—Usté ya es un hombrecito— me dijo.

Recuerdo que solo tomé una de sus grandes manos de labrador, la puse contra mi mejilla y la tuve así mucho rato.

El puso su otra mano en mi pelo.

Nunca él me había acariciado.



Había salido al aclarar, en el carro grande, hacia la

Estación. Feliz, con el aire fresco, hablándoles a los caballos, silbando.

Al llegar el jefe salió a recibirlo:

—A lo justo —le dijo—. ¿Te animás a arrimar a la hija de don Torre?

Ella había venido en el tren nocturno y hacía tres horas que esperaba que el padre la viniera a buscar.

—Es que don Torre quiere más una oveja que una hija— dijo Soquita malhumorado ya.

Porque la muchacha le complicaba el viaje. ¡Un viaje de dos horas, por entre la sierra, ella y él solos!



Don Zenón Torres vino y compró el campo que empieza en la Estación y termina en la chacra de Soca.

Un hombre que desde el principio se hizo odiar.

Lo primero que hizo fué desalojar a las veinte familias que hacían chacra en el valle, frente a la estancia.

Veinte familias más que agarraron para el pueblo, arrancadas de la tierra.

Pastoreo, cortó en seco:

—Tiene quince días pa sacar sus bichos...

Un pobre no tiene derecho a tener una vaca, ni siquiera pagando el pasto que come...

Torres viejo quiere todo para las ovejas: valles, cerros, pasto y piedras...



Soquita venía haciendo el viaje ceñudo.

Los caballos se afirmaban en las patas, subiendo la sierra. El látigo vibraba:

—Tire, Uruguaya! Vamos, Zeino!



Empezaron a llegar ovejas y ovejas, majadas interminables.

El camino de la sierra era una mancha blanca que caminaba. Los balidos llenaban el valle.

Ovejas, capataz y peones venían del sur.

☆

A Torres la chacra de Soca lo tenía enfermo, como un tumor en un costado.

Lo que le molestaba, era que estaba obligado a dar pasada.

El carro de Soquita iba y venía de la chacra a la Estación, de la Estación a la chacra.

Las ruedas habían borroneado una huella ondulante, que parecía una crucera gris en el verde del campo.

Cualquier plata daba Torres por aquella tierra. Se pechó, como todos los dueños anteriores; porque la chacra de Soca no se vende por plata ninguna...



Soquita aflojó el ceño. Ella lo miraba con dulzura, y sonreía. Sonreía siempre, y hablaba poco. Una cosa que a él le gustó.

Preguntaba cosas de la sierra, de los animales y los pájaros.

El contestaba ahora con un gozo raro que le había entrado en el cuerpo.

Ya no deseaba tampoco que apareciera de una vez el auto del viejo Torres.

☆

El arroyo baja rápido del cerro; forma una cascada, luego una pequeña laguna; y sigue bajando.

Ella estaba con los pies en el agua, absorta, mirando hacerse y deshacerse los remolinos espumosos.

—Marta... —dijo él.

La voz del agua borró sus palabras.

El muchacho se acercó y la tocó, con timidez.

Ella no se asustó, ni se sorprendió siquiera: solo sonrió.

Así de sencillo fué todo. Como si se hubieran encontrado dos animalitos del monte.



Después nos veíamos siempre en ese lugar.

Subíamos a los cerros. Yo la llevaba de la mano. Allá nos sentábamos y estábamos juntos, muy juntos.

No me atrevía a tocarla. Hubiera deseado tomar su

cara con mis manos, pero mis manos son gruesas y están muy agrietadas.

Ahora pienso que hablábamos muy poco, casi nada. En cambio reíamos mucho, por cualquier motivo. Ella tenía una risa muy linda. Talvez lo más lindo de ella era su risa, aunque también su mirada era muy dulce y limpia.

☆

Soquita le fué enseñando toda su gran experiencia de la sierra. Los árboles, los pájaros, los animales, los nidos.

Para ella, todo era nuevo; un descubrimiento.

No podía imaginarse que las abejas hicieran grandes panales entre las piedras o en los huecos de los árboles.

El le explicaba que la gente pobre del lugar sacaba esa miel que después vendía en el pueblo.

Torres había prohibido también eso.



Torres se fué quedando sin peones. Los sureños se iban de a uno, acobardados por la soledad salvaje, las cruceras, el monte y los cerros.

Una cosa es pararse en los estribos y ver una legua a la redondilla, como allá. Y otra muy distinta aquello, con la vista chocando siempre contra paredones de piedra.

Andar a caballo al tranco, entre pedregales. Entrar en el monte y salir con los cojinillos deshechos y la cara rasguñada.

Entonces don Torres empezó a recorrer los ranchos. No tuvo suerte. La gente se iba a trabajar lejos, aunque él pagara mejor.

En lo de Saldivia había cuatro hombres fuertes:

—¿Es que aquí nadies quiere trabajar?

—Con usté, naides...

Empezó a aceptar gente que venía de lejos y duraba poco. Lo justo para juntar algún dinero y seguir viaje.



Ella parecía un muchacho, con su pantalón vaquero y su blusa celeste.

Después de todo, a mí todavía no me había salido bigote.

¿Sería por eso que nos portábamos así, sin malicia, sanamente?

Nunca pude entender eso; mi comportamiento con ella.

Yo ya conocía mujeres. Ellas lavan en el arroyo, cruzan solas los montes, van a la Estación o al almacén.

Me comporté como un salvaje con ellas y ellas conmigo.

Salí muchas veces con muchachas a recorrer la sierra, pero era todo muy distinto, y siempre terminaba en lo mismo.



Soquita sonríe. Piensa cuando la besó por primera vez. Ella puso la mejilla, y él la besó en la boca. ¡Que hermosa cara de susto puso!



Me daba vergüenza mi ropa, tan tosca, hecha por mi madre; y mis manos tan grandes. Y mi pobreza.

Eso cuando me acostaba, cansado y no quería dormir pensando en ella.

La veía y todo eso desaparecía. Eramos ella y yo, solamente. Eramos novios, ya...

☆

Torres entró en la Comisaría. Se encaró, resuelto, con el oficial:

—Este mes me faltan más de cien ovejas...

—Usté se cré qu'estos campos son changa?

—Lo que pasa es que no se averigua...

—V'aviriguar! Ponga veinte piones y las encuentra todas, muertas entre la suciera...



¿Por qué ella se enamoró de mí? Nunca lo podré saber.

Me preguntaba lo mismo. Tampoco yo sabría contestar...



Una vez se besaron mucho, demasiado. Estaban acostados sobre el pasto mullido y fresco, y sus cuerpos se buscaron con desesperación.

Se separaron al instante y quedaron mirándose, avergonzados.

Ella se levantó y se fué retirando lentamente, como si él le causara miedo. Luego se internó en el monte, hacia su casa.



Yo tenía mucho miedo de que ella me hubiera perdido la confianza, o que se sintiera una cualquiera; que no volviera nunca más a ser la misma.

—Hubiera sido una lástima ensuciar esto tan hermoso —me dijo.

Ahora, que la he perdido para siempre, que viviré solo de recuerdos, me doy cuenta que tenía mucha razón.



Las ovejas empezaron a hacer el camino de retorno, de la sierra a los campos del sur.

La sierra derrotó a don Zenón Torres. La sierra, hervidero de sarna y bicheras; de barrancos y zarzas.

—Un campo —decía— que regalao es caro...



Un bajo se tragó el auto de Torres. La mano de ella, diciendo adiós, fué lo último que vió Soquita.

Después se quedó solo con aquél valle y aquellos cerros que nunca más serán los mismos. Porque ella se fué y los dejó vacíos: sin pájaros, sin árboles, sin agua y sin aire.

El quisiera irse, seguirla. Pero sabe que morirá allí, en ese trozo de tierra que ganó abuelo Soca con su pecho.

Aunque no pueda ya vivir donde no esté ella. Y de esa tierra arenosa solo se pueda sacar sacrificio y miseria...



Su abuelo se lo pidió a su padre y su padre a él. Soquita morirá pobre y reventado, en ese pedazo de tierra.

El sí: pero cuando tenga un hijo romperá esa cadena. Mucho, mucho antes de morir le dirá:

—Vayasé pa'l pueblo, m'hijo...!

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

La vía divide al pueblo en dos: los de arriba y los de abajo.

Arriba, la gente más o menos acomodada: el juez, la comisaría, la escuela, la estación; también el doctor y la farmacia, la peinadora y los comercios grandes.

Abajo el pobrerío: policías, esquiladores y alambradores, changueros y gente así.

Más allá de la vía casas de material, bien apretadas, asomándose a la calle principal; balcones amplios, zaguanes pesados.

Acá, viviendas modestas, ranchos aplastados contra el suelo, fondos amplios, veredas desparejas.

Abajo también hay gente acomodada, y arriba de la otra; poca, pero hay. Gente que se siente desubicada, como cuando se va de paseo y hay que quedarse en casa ajena.

La división, al principio, era solo eso; después se fué ahondando.

Empezaron deportivamente: jugaban al fútbol los de arriba contra los de abajo.

Tres partidos hubieron, y se acabó también ésto, porque siempre ganaban los de abajo, que para la pelota se pintan solos.

Los de arriba, gente de escritorio y encierro, blancos como pan crudo, eran fácil presa de los de abajo, delgados y elásticos.

A más, en el último encuentro se tomaron a golpes; y en esto también llevaron la mejor parte los de abajo, unidos y echadores para adelante.

Ahí sí, vino la verdadera división.

—Ese chusmaje de abajo...

—Esos pitucos de ayá arriba...



Los de arriba, poco a poco, sin apuros, fueron dominando todo. Dieron "golpe de estado" y se quedaron con el Club.

No echaron a los socios de abajo, porque sin ellos el Club se funde; pero practicaban una solapada discriminación.

A las hijas de doña Eulogia no las dejan entrar, porque la vieja tuvo sus cosas en su mocedad.

—Pero ayá arriba hay mujeres que tuvieron y tienen!

Lo mismo con Bulinga, un moreno no muy negro, inteligente y gente, mejor que muchos blancos.

—Como si juera a desteñir...

—Cuidau! No vaya manchar alguno...

Con esto, los de abajo se fueron alejando.

Los de arriba tienen todo para ellos ahora. El casín —señor casín— las mesas del truco, la cantina, todo.

El Lito abre el piano y da conciertos para las muchachas. Música de Chopin y eso.

Abajo hay un solo comercio, el boliche de Artigas. Ahí se reune la gente.

Truquean con cartas blandas por el uso, lustrosas. Juegan al billar en una mesa vieja y renga, con el paño tan roto, que uno de los jugadores —o algún mirón— tiene que sujetarlo contra la baranda mientras el otro apunta y tira.

Un boliche con tres estantes y cuatro latas locas. Ha tenido varios dueños, y siempre termina igual; fundido.

Cuando no falta fideo, falta la yerba; o galleta, o papa, o todas estas cosas a la vez.

Entonces los de abajo agachan la cabeza y van a los buenos comercios de arriba. Allí no hay libreta para ellos:

—Tome y traiga...



El pueblo se ha ido estancando. Porque si los de arriba agarran para un lado, los de abajo tiran para el otro.

Si bien hay cosas en las cuales los de arriba se pueden arreglar solos, en otras nó.

Así pasa con el Carnaval. Ellos organizan todo, los permisos, las luces, el tablado. Pero un Carnaval sin la gente de abajo no es Carnaval.

¿Quién va a fabricar un buen toro, y los caballos, y una murga como la gente?

Los de arriba se disfrazan en el Club, ¡pero en la calle! No tienen gracia para nada. Cuando el Chongo inventó recorrer el corso echando papelitos con una espumadera, les pareció que había descubierto una gran cosa.

¡Pero hay que ver un toro bajando las guampas y abriendo claros entre la gente, rodeado por ocho o diez caballos bellacos, que se van de vereda a vereda, en los corcovos!

Y mascaritos —cantidad— de esos incansables, que se mueven toda la noche y se meten con todo el mundo.

Además, la murga. El Bulinga hace los versos en un rato, dos o tres ensayos, ¡y aquello es murga! ¡Unos versos de tirarse al suelo de la risa, una mímica y unos ademanes!

Por la murga, precisamente, se terminó el Carnaval. Bulinga empezó a hacer versos con punta, que molestaron a los de arriba. No perdonaba a nadie:

La Cholita fue a campaña
a aprender a cabalgar
la subían los peones
porque no sabía montar...

Por esta pica entre los de arriba y los de abajo, el pueblo se quedó hasta sin Carnaval.

☆

Así estaban las cosas cuando Ortelio —un forastero— compró el boliche de Artigas. Un hombre con buena cabeza para los negocios —como lo demostró— buen vecino y trabajador "como un reyuno".

Empezó llenando el local con toda clase de cosas:

—La gente compra si se pecha con los artículos —dice.

Hizo además cosas muy grandes. Como el televisor:

—M'enterré hasta aquí —dice, y se toca el cuello— pero la gente de abajo v'a tener televisión...

Porque hay que decir que arriba, casi todos habían traído el aparato. Empezó el gringo Lagreca, y los otros —por no ser menos— lo siguieron.

Otra cosa grande que hizo fue traer fruta y verdura. Cajones y más cajones.

—Ta loco! —decían.

La gente "entró" por la fruta y la verdura. Los de arriba, claro. Las sirvientas venían con bolsos y llevaban todo. A veces venían los patrones. Ponderaban a Ortelio:

—Una cosa que está bien de bien, ésto de la fruta!

Ortelio empezó a sacarles clientes a los comercios de arriba. La gente de allá es la que viene ahora, cruzando toda la parte de abajo, a comprar en lo de Ortelio...



El televisor está en un rincón, bien alto. Temprano empieza a llegar gente, familias enteras. Las mujeres se sientan duritas, sin moverse ni hablar.

Los hombres son más barullentos. Piden caña a los gritos, y cuando el muchacho besa a la muchacha, arman alboroto:

—Aprete ahí! Eso, nomá...!

En verano se saca el aparato para afuera y aquello es algo lindo de ver. Los vecinos se sientan lejos, haciendo semicírculo, en sillas de hierro que Ortelio trajo de la ciudad.

Los que no quieren comprometerse, miran desde la vereda de enfrente, en grupos compactos.

Gente de campaña viene de lejos, y está hasta la medianoche, mirando la televisión.

Son puntos que va ganando la gente de abajo, por-

que ahora muchos de arriba vienen a lo de Ortelio. Empezaron vichando de lejos, entre los paraísos, pero se han ido amansando y ya se entreveran bien.



A veces hay discrepancias, por los programas. Los muchachos, vestidos con pantalón ajustado color "yelo", remera, melena, piden tal canal. Los veteranos tango. La gente de campaña cosas con guitarra:

—Pero guitarra guitarra, no esas con uña postiza y eléctricas...!

Ortelio arregla todo con gran facilidad.

Ahora los troperos y alambradores se van acostumbrando a la música livianita, tocada por varones despeinados que mueven las caderas y bajan los ojos al cantar, como las mujeres.



A los de abajo les estaba gustando para reconquistar el Club. Vieron a Ortelio. Este no podía creer lo que le contaban:

—Pero no puede ser! No dejar entrar a doña Ulogia, y al Bulinga!

Una cosa que no podía ser, mismo.

—Acá hace tiempo se acabó la descriminasión!

Las cosas había que arreglarlas, porque no es cuestión de pagar la "couta" y que lo ladeen "como chiripá"...

Con estos argumentos empezó a trabajar Ortelio. Formó un grupo de vecinos y entró en contacto con los de arriba; porque a él, las cosas le gustaban bien hechas.

—Porque no es un hombre qu'embale la gente. Más bien l'asujeta...

Allá los recibieron con una piedra en cada mano:

—Que el Club era de ellos. Que a ver que habían hecho los de abajo. Que todo, local propio, muebles y demás, si había, era por ellos...

Ortelio y su gente prepararon las listas y llamaron a elecciones.

Trabajaban bien, casa por casa. "Un Clú de abajo pa' todos", era el Lema.



Los de arriba se aprestaron a la lucha; pero pronto se dieron cuenta que para votar, los de abajo eran más.

Cundió la alarma. Se reunieron agitadamente.

Tras largo discutir, el Chongo encontró la solución:

—Retiramos la lista y le dejamos el Club a ellos...

—Tas loco? Ese chusmaje!

—Dejalos... Vas a ver que se pelean entre ellos...

Era una idea realmente genial.

Así lo hicieron. Ante una posible derrota, retiraron la lista.



Los de abajo son dueños del Club, ahora.

Todas las tardes el local se llena de gente.

El tocadiscos, el casín —señor casín— el bar, todo es de ellos.

Juegan al truco en grandes mesas redondas, con barajas de náilon.

¡Cosa linda!

Hasta el piano, que tocaba solo el Lito, ahora se abre a cada instante:

—Mandate una de Chopén...

Los dedos toscos recorren el teclado, entre carcajadas.



Preparan un gran baile, festejando la Independencia, con orquesta de Montevideo y todo.

Rosa —el albañil— a quien nombraron presidente, está día y noche en el Club, sonriente, paseando su corpachón, los pantalones anchos rozando el piso. Anda siempre de traje —un traje que se ponía de casualidad— la gruesa corbata asomando la punta por la juntura del saco largo.

Hay reunión, por el baile. Ortelio no es de la Comisión, porque no tiene residencia; pero concurre y habla:

—Ahora tenemo que demostrar que los de abajo sabemo manejar un Clú d'éstos...

—Sí —dijo Rosa— pero hay que demostrar curtura y un poco selesionar la gente, tamién...

Los demás aprobaron.

Ortelio se fué a su boliche, solo, completamente solo.



La afiliación de Bulinga se resolvió así: podía ser socio, pero se le prohibía sacar a bailar a las muchachas.

Algo parecido pasó con doña Eulogia, las hijas y otras familias de abajo.

Remató Rosa, el presidente:

—Ahora tomamo nosotro las rienda, y el Clú tiene que caminar...



Los de arriba han vuelto a tomar el comando del Club.

Ortelio liquidó el boliche y se fué.

Los de abajo no tienen Club, ni comercio como la gente, ni televisor, ni nada.

Ahora nunca, nunca más levantarán cabeza.

EL MAESTRITO

Cargaron las cosas en poco rato. El maestro tenía más libros que muebles.

Después el carro inició su andar. Subía los repechos, bajaba, caía en los zanjones, caminando a veces en una sola rueda.

Los viejos saludaban desde las puertas de los ranchos. Algunos hombres se acercaban, sombrero en mano, a despedirlo.

Muchas mujeres y hombres y niños iban detrás.

Así hasta que salieron del pedregal y entraron al camino, donde esperaba el pequeño camión.

El vehículo partió rápido y pronto se perdió de vista. Había todavía algunas manos alzadas expresando un adiós.

Recién entonces se dieron cuenta de que el maestrito —como le llamaban— se había ido para siempre. Y de la clase de hombre que se había ido.



El había venido del Sur, según se supo al tiempo, de una campaña muy distinta a ésta.

Era hijo de una lavandera. Lavaba platos en un hotel mientras estudiaba para recibirse.

Llegó allí como podía haber ido a cualquier otro lado.



Hubo otros maestros, desde luego. Buenas personas, que se llevaban bien con la gente.

Hombres que se volvían tristes con el tiempo, como si el paisaje y la soledad los fuera arrinconando contra la Escuela. De allí no salían.

De tardecita se les podía ver, inmóviles contra la pared, fijos allí, como el Escudo.

En la primera oportunidad se iban.



Era joven, casi un adolescente. Delgado, alto y "con cara de hambre", como decían algunos vecinos.

Reía poco pero su cara tenía algo que inspiraba simpatía y confianza. Por allí, seguro —por la cara— le salía ese calor de hermandad que sentía por los demás.



Desde el primer día se sintió allí "como si hubiera nacido".

Quería al lugar y a la gente.

Por eso no era hombre de pasarse metido en la Escuela, como en una cueva.

Compró un caballo y lo aperó como pudo. Caballo y apero acordes con él.

Recorría así, continuamente, la zona. Quería conocer todo, el paisaje y la gente, la forma de vivir y los problemas de los hombres. Quería saber, aprender, ser útil a los demás.

Salía los fines de semana, en las giras largas. Tomaba mate en un rancho, almorzaba en otro, dormía en el de más allá.

Siempre, todo el año así. Con su bondad y sencillez se ganó el corazón de todos.



Tuvo problemas, es cierto. En todos lados hay cuatro o cinco "grandes" acostumbrados a hacer y deshacer.

Se presentaron en la Escuela. Querían saber "las

ideas" del nuevo maestro. Algo muy importante.

—Yo soy maestro...

—Pero a esta Escuela vienen nuestro hijos...

—Que vengan nomás, no van a tener ningún problema. Yo no recibí el título en un sorteo...

—Pero usté es demócrata o nó?

El maestro se quedó mirándolos.

—Mis ideas son mías, señores. De nadie más...

De allí salieron diciendo que el maestro "era comunista". Algo que a la gente les importaba poco. Porque para ella "los comunistas" son esos estancieros soberbios y prepotentes, que porque tienen plata se llevan a todo el mundo por delante...



Con el tiempo se dió cuenta que sin querer había hecho una cosa que no debía. De tanto hablar con la gente, explicar las cosas y dar su manera de pensar.

Porque él hablaba de una manera que cualquiera entendía:

—Un rancho se hace con los materiales más humildes. Usted los junta y ese rancho resiste un pampero...

Y da protección y abrigo, además.

Los hombres humildes del lugar estaban unidos, ahora, y demostraron su fuerza cuando trasladaron al escribiente, por razones políticas.

Se juntaron y fueron a la Jefatura, encabezados por el maestro.

A los tres días el escribiente estaba de vuelta, y el pueblo de fiesta porque éste es otro hombre que estaba para servir y ayudar.



Los niños parecen viejos, de comer poco y trabajar mucho.

Los chacreros están solos, abandonados a sus fuerzas. En manos de los acopiadores de la ciudad, que esperan mientras el campesino suda y sufre.

Hay más de mil personas en la redonda, y nunca se ha visto un médico de Salud Pública.

Los caminos son del tiempo de los indios.

Hay personas que son hombres y no existen para la sociedad, porque no están inscriptos.

Todo ésto a cuatro leguas de la capital del departamento, y en éste país...

Una cosa que le da vueltas y vueltas en la cabeza al maestro.



Bonilla —estanciero fuerte— se pechó feo también. Un hombre que iba a la Escuela solo a pelear con los maestros:

—Usté me dejó en penitencia un hijo...

—Y lo voy a dejar cada vez que lo considere justo.

Pasaba así. Los hijos de Bonilla venían a galope tendido y sofrenaban en la puerta de la Escuela. Se les acabó.

Levantaban las polleras a las niñas. Se les terminó también. Esto y otras cosas.

Por eso Bonilla está furioso, gesticulando, el talero amenazante.

Pero aquel maestrito —casi un adolescente— ni se asustaba ni perdía la tranquilidad. Una cosa que desarmó a Bonilla. Eso y las razones del maestro.



La presidencia de la Comisión de Fomento estaba siempre en las mismas manos. Hombres que mandaban en la Comisión y en la Escuela.

Ahora fué renovada, pero con voto secreto. Y salió presidente Arbelo, el guardia civil. Una cosa que no se la van a perdonar nunca al maestro.



Todos venían con sus problemas, grandes o chicos, al maestro.

Hasta casamientos arregló...



La instalación de la "policlínica" se le ocurrió des-

pués de lo que pasó con doña Rosa. Le avisaron que estaba grave.

—Esté tranquila, abuela, que le traigo el médico...

—Nó, maestrito! Prefiero morirme. La otra vez me salió cincuenta pesos...



La policlínica está en un rancho. Una cama turca es la camilla.

Ya el doctor, desde el primer día, vino con poca gana. Después empezó a faltar y faltar.

Venían los viejos de lejos, las mujeres embarazadas o con niños de brazos, y el doctor no estaba...

Esto también lo arregló el maestro. Todos los jueves —sin falta— el médico está allí, con una enfermera.

También éste dice que el maestrito es comunista...



Les abrió el camino a los peones de estancia hacia la Oficina de Trabajo.

¡Porque hay que conocer! El peón trabaja con toda la riqueza del país, y gana una miseria. Come mal, trabaja de sol a sol y duerme sobre un cojinillo, a lo perro.

¿Entonces las leyes sociales no se hicieron para los poderosos?

Allí se empezaron a cumplir, poco a poco.

¡Pero él es maestro, y de estas cosas tendría que encargarse del Estado!



El maestro está viendo que él en vez de hacer bien le está haciendo un gran mal a la gente. Porque él está allí de paso; algún día se irá. ¿Y quien defenderá a esta gente?



Los que verdaderamente empujan en la campaña son los arrendatarios. Trabajan día y noche, para pagar la renta y sacar al campito el máximo de rendimiento. Y vivir...

Esta es gente ayudadora, que nunca niega una mano a los pobres y colabora con la Escuela.

Esto también lo vió el maestro. Impulsaban al país... pero trabajando en campos ajenos.

☆

El maestro se va, triste, muy triste. Y no solo porque vió la tristeza en el rostro de la gente.

Enseñó a los niños durante años, ¿para qué? Para que sean peones de estancia y troperos. Siempre explotados, indefensos... ¿Escuela rural, para qué?

Y ha dado conciencia de su valer a la gente humilde. Para qué? Porque ahora serán más desgraciados que nunca. Cuando no tenían conciencia, cuando eran ignorantes...

BLANQUITA

Vino al pueblo ya viejo. Doblado por la parte de los riñones, que sostenía con una amplia faja negra, bien apretada.

No vino al pueblo, sino a la orilla, que no es lo mismo. Allí donde el río hace un bucle y rodea el enorme arenal.

Compró un terreno amplio, bien cerca del río. La propiedad valía menos de nada, pero se vió enseguida que con aquella compra había gastado sus últimos pesos.

Vestía pobremente. Camisa de género grueso, casera, con botones de todo tamaño y color. Bombacha angosta ajustada en los tobillos. Alpargatas descoloridas por el uso, cuidadosamente reforzadas con tientos.

Hablaba poco. Lo necesario para saludar y muy poco más.

Algo había en él, que le salía de adentro —no del pobre cuerpo ajado— que imponía respeto. Una dignidad o algo así, como si hubiera estado acostumbrado a mandar ejércitos o a manejar mucho dinero.



Trabajaba mucho. Una demasía para su edad.

Con sus propias manos levantó su rancho y un galpón.

El rancho pequeño, de dos piezas. El galpón tres ve-

ces más grande que el rancho.

Esto del galpón fué algo que la gente demoró en entender.

☆

Lo único que encontró en el terreno, aparte de arbustos inservibles y un colchón de gramilla con rosetas, fué un gran ciruelo. El árbol daba unas frutas rojas, enormes.

El viejo, con una larga caña, iba bajando las ciruelas. Llenaba un canasto y marchaba al pueblo, a venderlas.

Por ese lado empezó su amistad con Goyito, niño de ocho años. Las frutas reventaban al caer. El niño, criado a río y monte, trepaba hasta las puntas de las largas ramas y las recogía intactas.

Fué una amistad que significó mucho para Goyito y para el viejo.



Aparentemente no tenía nada. Pero él decía que era rico, inmensamente rico. Por lo menos se lo decía a Goyito:

—A Blanca, la yegua, no la vendo por plata ninguna. ¿Es ser rico o no?

Y era así. Don Juan, dueño de toda la rinconada del río, le salió a comprar la yegua.

—Hay cosas que no tienen precio, don Juan...

Y seguía hablando con Goyito, mientras se movía de un lado a otro:

—A más ésto —y se señalaba la sien—; la tranquilidad de conciencia... Que a la vejez es cuando más vale.



Poco a poco se fueron amontonando los materiales para las construcciones. Varas finas, rectas, de eucaliptus jóvenes, para las tijeras, soleras, el mojinete, la cumbrera. Troncos cortos y gruesos, de coronilla, para los horcones. Manojos de caña tacuara para las "latas".

Don Rosauro trabajó primero con la azuela. Las ma-

deras fueron quedando bien cuadradas, blancas, limpias, perfumadas...

Goyito "pedía la bolada":

—Usté coloque la madera así, entre las piernas bien abiertas...

Lo dejaba trabajar un rato:

—Ahora pare, ya ha hecho demasiado...



Blanca, la yegua, trabajó también. El viejo ataba los troncos que ella arrastraba despacio. Cada pocos metros la hacía descansar.

—Está preñada —explicaba al niño—. Pronto va a tener un potrillo. ¡Usté verá que parejero!



Duré, que recorría la campaña domando, trajo las primeras noticias de don Rosauro Peralta.

—Hombre respetao y de capital. Cosa rara, perdió todo y siguió siendo respetao...

Claro, si un pobre precisaba leche para los hijos, no iba leche, sino una vaca. Y así con todo.

Criaba ovejas de lo mejor. Trajo las primeras trilladoras que se vieron.

La baja del 30 lo hizo encoger. Cuando se enderezaba, vino la mortandad de las ovejas. Quedó "en la calle".

Los hijos no salieron a él. Traían la sangre de la madre. Sangre floja y sucia...

Además, había sido toro y otro poco, cuando le tocó demostrarlo.

Todo esto lo contaba Duré, con admiración evidente, y remataba:

—Ustede lo ven así, ¡pero no saben quien es ese hombre viejo! ¡Pregunten en toda la zona del Salsipuedes!



Goyito intervino en la construcción del rancho, como nó. Don Rosauro trepaba al techo con los mazos de paja, que iba extendiendo en capas parejas.

El muchacho, desde abajo, subía el palo con la aguja y el alambre fino en la punta:

—Bueno!

Bajaba la aguja. La volvía a subir, por el otro lado de la "lata".

—Bueno!

Así quincharon el rancho. Un trabajo que don Rosauro no hubiera podido hacer solo, pensaba Goyito.



La fagina fué otro trabajo lindo que hicieron.

Varios viajes con rama de mataojo.

Después el reboque, a mano, con un barro que don Rosauro hacía con tierra, pasto seco y bosta de caballo.

La yegua daba vueltas sobre el barro, pisándolo. Sola, sin que nadie la dirigiera.



Cuando apisonaron bien el piso, aquel rancho tuvo un frescor adentro que solo en el monte se puede hallar.

☆

Al galpón —largo de doce metros— lo hicieron más rápido. No quedó tan bien, claro, como el rancho; porque era solo un galpón.

Y además, había apuro. Blanca —la yegua— iba a parir, y don Rosauro quería que estuviera bien cuidada, ella y el potrillo.

Para ella fué la mitad de la construcción, amplia, con el piso bien acolchado con pasto seco.

La otra mitad, para las cosas de campo de don Rosauro. Lo único que le quedaba de aquel campo y aquellos tiempos.

Y todo bien acondicionado en caballetes y ganchos especiales.

Cabestros, maneadores, lazos. Jergones —pero jergones— cojinillos de un pelo largo y lustroso, bien recortados. Badanas de cuero de carpincho. Todo hecho por él.

—Cuando tenía vista y gusto pa' estas cosas...

Y un apero completo, eso sí, de lujo. Recado porte-

ño, con cabezadas de plata y oro. Las iniciales R. P. en oro macizo rodeadas por flores plateadas. Carona con cuero de tigre en los bordes; badana de ciervo; freno y cabezadas haciendo juego. Y un rebenque, con un mango en plata y oro, que era realmente algo digno de verse. Por el oro y por el trabajo en guasca...

—Pagaría, don Rosauro, por verlo montado en Blanca con todas esas cosas...

—¿A mi edad? ¡Estás loco! La pinta del hombre debe estar arreglao al resto...

Las ropas, de calidad parecida, estaban cuidadosamente guardadas bajo la cama, en un gran baúl.



Tuvieron una gran desgracia. La yegua Blanca murió al nacer Blanquita.

Aquel espléndido animal, lo que más quería el viejo en el mundo, no pudo expulsar a la hija.

Don Rosauro y el niño estuvieron dos días y dos noches, arrodillados a su lado, luchando por salvarla.

El viejo vió claro. Solo podría salvarse la potranca. Y con su gran habilidad de hombre de campo, fué extrayendo la yegüita, lentamente, muy despacio, por miedo a que naciera descaderada.

—Una hija de esta madre! Y si hubieras conocido al cojudo!

La potranquita pudo pararse, sostenida apenas en sus patas temblorosas. Blanca, la noble madre, alcanzó aún a lavarla bien, entera, con su lengua suave.



Las cosas siguieron mal. Don Rosauro estaba en cama días y días, quebrado por la cintura.

Blanquita tomaba mucha leche. Y eso costaba dinero.

El viejo se vió obligado a empezar a vender aquellas cosas de campo que tanto quería.



Goyito hizo todo lo que pudo, pero sus fuerzas eran pocas. Juntaba abono, que vendía en las quintas, por

menos de nada.

¡Ah, si tuviera un bote, como el Minero, y fuerzas para cortar árboles y hacer leña!



—Usté, m'hijo, hace demasiado —le dijo don Rosauro—. Blanquita pronto comerá pasto.

Goyito hacía los mandados. Traía leña. Cocinaba. Cebaba mate. Sacaba las aguas y materias del viejo.

El niño hacía todo. ¡Pero es que don Rosauro es un amigo o un padre! Algo tan bueno y tan grande, como nunca soñó Goyito que pudiera haber.



Blanquita seguía creciendo. Ahora le daban ya afrechillo, mezclado con bastante agua, bien líquido.

Blanquita seguía a Goyito a todas partes. Este le enseñó a asomar la cabeza por la ventana, para que saludara al viejo enfermo. Una cosa que hizo reir mucho a don Rosauro.



La potranca comía pasto ya, como que tenía seis meses. Fué un problema. En aquel barrio casi no había pasto. La gente soltaba vacas y caballos a la calle.

Goyito hizo un gran descubrimiento. En los claros del monte, donde los leñadores apilan las ramas finas de los árboles que volteaban, crecía una hierba maravillosa, tierna y fresca. ¡Como para Blanquita!



El viejo se levantaba ya, pero había decaído mucho. Tosía, fumaba mucho y no comía casi nada.



Blanquita ya estaba en edad de ser educada.

Empezaron a sacarle las cosquillas despacio, manoseándola suavemente por la barriga y las verijas.

Después, con una bolsa, la acostumbraron a no patear.

Ahora ya Goyito andaba por entre manos y patas de Blanquita.

Y ella tenía su premio, después de esos "trabajos". Comía, de manos de Goyito, unos cuantos granos tiernos de maíz. Ella relinchaba suavemente, y se alejaba alegremente, al trote, a pastar en la calle del río.



—¿Cuándo domamos a Blanquita, don Rosauro? —preguntó el niño.

—Usté no confunda. He conocido muchos grandes jinetes, pero muy pocos domadores...

☆

Eso fué lo mejor de todo. Sacarle las cosquillas del lomo a Blanquita; y ablandarle la boca.

Hicieron una especie de tubo con palos de monte. Allí la ponían. La acariciaban mucho, mucho. Y le hablaban siempre, una cosa que a Blanquita le gustaba, realmente.

Recién después de todo eso Goyito la montó. La potranca todavía tenía el lomo blando, pero el niño era liviano.



Goyito iba ya al almacén montado en Blanquita, en pelo y sin freno.

—Galopee solo en el pastito o la arena —recomendaba el viejo—. En lo duro vaya al tranquito...



Empezó el ablandamiento de la boca, una cosa delicada.

—Porque en eso está todo —dice don Rosauro—. Siempre los sancochan...

Por eso él, cuando presumía, nunca montaba caballo domado por otro.

Iban al río. Echaban a Blanquita al agua y la tironeaban suavemente de un cabestro. Usaban un bocado hecho especialmente por don Rosauro, que en vez de bo-

cado parecía una seda.

Así Blanquita fué lo que fué. Un animal mejor —y ya es decir— que la madre. Manso, juguetón y alegre.

Y una estampa como para lucir encima a un General...



Don Rosauro mandó a llamar a don Juan, el dueño de la rinconada. Hombre de una palabra sola.

—Cuando me muera —le dijo— los cuervos de mis hijos van a venir a carchar este rancho.

Hubo un largo silencio.

—Que no se yeven a Blanquita, es todo lo que le pido. Usté arregle pa' que sea de Goyito...



Hasta el repecho de lo de Curbelo, llevarán el cajón a pulso.

Goyito va detrás. Blanquita le da suaves cabezadas en el hombro.

Después todos —cajón y acompañantes— subieron en dos autos y partieron hacia el cementerio lejano.

El niño y la yegua están ahora en el río, sobre la barranca. Goyito no llora: es todo un hombre. Insulta, eso sí, porque habiendo tanta gente mala en el mundo, que se venga a morir un hombre como don Rosauro.

Blanquita, echada a su lado, tiene la cabeza bajo el brazo del muchacho.

Un fuerte coletazo en la corriente rompió el silencio del río y del monte. Goyito se dió cuenta, recién, que la noche había caído hacía rato.

JULIAN DURE

Lo habían agarrado medio para la chacota después de aquel sucedido con el sombrero.

En el almacén de González había aparecido un sombrero aludo, flamante, con las iniciales "J. P.". Se presentó Duré a reclamarlo.

—¿Pero usté no se yama Julián Duré? ¿Y aquí no dice "J. P."?

—Sí, señor. "J. P.", Julián Duré...

El asunto se comentó, y nunca faltaba algún guarango que le gritara al pasar:

—Adiós J. P.!

—J. P. tu madrina, hijo de mil...!

Para mejor, la derrota en el tablado, a manos del Gaucho Alambre, contribuyó a achicarlo más aún.

Diga que tuvo aquel golpe de suerte que lo hizo famoso en toda la redondilla. Entonces Julián levantó cabeza.



Pasaba el año, en el monte, hachando leña, pescando y cosas así. Pero cuando llegaba el Carnaval se disfrazaba de gaucho. Mejor dicho, no era que se disfrazara de gaucho: era un gaucho de alma, pero de aquellos gauchos peleadores con la policía y secuestradores de chinas.

—Disfrazau ando de monteador todo el año...

Cuando se acercaba Carnaval empezaban a verse, oreándose en el alambrado, las pilchas de gaucho.

Con Alambre tenían una rivalidad muy grande, que dirimían año a año en el tablado.

Salía Julián del Barrio de la Arena, con esas ropas tipo Juan Moreira: sombrero aludo, requintado, dejando ver la vincha blanca; casaquilla negra, bordada con todos los colores habidos y por haber; rastra ancha, de plata y oro; canzoncillos con puntillas hasta la bota; chiripá amplio.

Todo el barrio acompañaba a Julián.

Y del barrio de la Humedad salía el Gaucho Alambre, todo el barrio siguiéndolo.

En el tablado se topaban. Se trenzaban en unas barajadas "que sacaban una tierrita".

Por culpa de eso Julián quedó mal para toda la vida con el Gaucho Alambre.

Estaban barajando con los facones de palo, planchazo va, planchazo viene, entre el griterío de las hinchadas, cuando el Gaucho Alambre le acomodó un bárbaro puntazo en la panza a Julián, y éste, se le vino al humo. El Gaucho lo esquivó y Julián clavó la punta del facón entre dos tablas del piso. Entonces Alambre, aparatosamente, le quebró el facón en el lomo a Julián.

Esto fué algo que Julián nunca le pudo perdonar al Gaucho.

Para evitar algo grave prohibieron las barajadas de gauchos y el Carnaval perdió un atractivo fundamental...



Había un circo en el pueblo, hacía tiempo. No se podía mover; estaba en las últimas. Se defendía con rifas y eso. También daba comedias.

Un día se enfermó el actor que hacía de Juan Moreira y se vieron obligados a contratar a Julián Duré.

Todo iba muy bien. Nunca se había visto un Juan Moreira tan auténtico: soberbio, fierazo, terrible con el facón. Hasta que llegó el momento que Juan Moreira muere:

—Entregate, Moreira! —gritaban los milicos.

—No me entriego! —bramaba Julián.

—Caete muerto! —apremiaba el apuntador.

—Ni me entriego ni me caigo! —rugía Julián.

Hasta que los milicos, acobardados por los brutos mandobles de Duré, dispararon circo afuera.

Julián se asomó a un costado del escenario, haciendo vibrar el facón de palo, desafiando a los cobardes:

—Vengansén todos, milicos sucios, que Juan Moreira los espera a pata firme!

El gentío —que había ido a ver a Julián —se vino abajo aplaudiendo.

Desde entonces, Julián Moreira no moría; los milicos salían disparando.

El circo empezó a cobrar la entrada. Hizo un platal. El pueblo entero iba a ver a Duré.

Fué su momento de mayor gloria.

Cuando paseaba por el pueblo los gurises lo seguían a todas partes:

—Ahí va Julián! Bravo, Julián...

La gente lo saludaba:

—Tuvistes notable anoche...

O si nó:

—Dónde aprendiste a barajar así?

—N'el monte... —contestaba Duré—. Barajo con la sombra...

El circo siguió viaje y llevó a Julián.



Nunca más se supo de él. El flaco Aparicio, en un viaje, dijo que lo había visto en un circo en Rivera. Ya no daban comedias.

En vez del traje de gaucho, que tanto amaba, lo hacían vestir uniforme verde con franjas rojas. Como los monos.

Y en lugar de ser el héroe de la noche, el hombre que hacía disparar a los milicos a planchazos, era ahora el encargado de limpiar la bosta de los elefantes...

INDICE

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos GADI de la ciudad de Florida (R. O. U.) el 3 de diciembre de 1965.

Cuando leímos los originales de "Gente Poca" le expresamos al autor que era lo mejor que habíamos leído en mucho tiempo. "¿Y ustedes quienes son para opinar?", replicó. Opinó el público, que agotó tres ediciones en seis meses. Y la crítica, sin excepción consagró a Elbio Pérez Tellechea como a uno de los mejores cuentistas del momento.

Ahora aparece **MUNDO APARTE.** El mismo estilo personal y único. El humorismo y la ternura corriendo debajo de cada línea. Tendrá, sin duda, el mismo éxito avasallante de "Gente Poca".

Editorial **GADI**, presenta con orgullo este nuevo libro de Elbio Pérez Tellechea a quien consideramos un integrante más de esta gran familia que es la imprenta.



Carátula de Ana Domenech

Tirada 3000 ejemplares